

Cuando la Caballería se Tomó la Escuadra

Un episodio de las guerras de la Convención

Por

Jorge de ALLENDESALAZAR Arrau
Coronel de Caballería (R).

Días después de la ejecución de Luis XVI, la Convención Nacional (1792-1795), organismo de resuelta dinámica ejecutora que reemplazara a la Asamblea Legislativa, declaró abiertas las hostilidades contra Inglaterra y su no siempre fiel aliada Holanda, el 1º de febrero de 1793.

El conflicto iba a demandar al ya menguado erario del Estado desembolsos cuantiosísimos, que Francia no se hallaba en condiciones de absorber con sus disponibilidades normales. Por lo demás, el éxito era muy improbable si debía oponerse con simultaneidad a los países integrantes de la poderosa coalición europea, que comenzaba con rápido ritmo a consolidarse. No obstante, el fervor revolucionario prestó estímulo a las tropas y bajo su impulso lograron, en las distintas fronteras irrumpidas, apoderarse de Bélgica (sometida al rudo dominio austríaco), algunas plazas fuertes del

norte y la orilla izquierda del Rhin, Saboya y Niza... , pero estos avances impetuosos no podrían prosperar al exclusivo amparo del heroísmo, y los ejércitos franceses, acosados por el número y los recursos del adversario, debieron retroceder abandonando los ventajosos objetivos conseguidos con tan tenaz esfuerzo. Después de la batalla de Neerwinden —en el área distrital de Lieja—, librada el 18 de marzo del 93, perdíanse Bélgica, Maguncia y los territorios adyacentes del Rhin. Tolón y Valenciennes, a la par que los españoles invadían el Rosellón y Dunquerque y las otras plazas norteañas sufrían implacable asedio.

Es entonces cuando el dictatorial Comité de Salud Pública coge vigorosamente en sus manos la responsabilidad de las futuras operaciones y destaca, con plenos poderes, a sus representantes o comisarios políticos en los diversos frentes de combate. Sus atribuciones eran tan am-

plias que podían nombrar o destituir a los generales y reemplazar a los altos mandos, asegurar sin contemplaciones las requisas destinadas al aprovisionamiento de municiones, víveres y vestuario, y mantener con rigidez inalterable la cohesión y el espíritu de lucha. Hay que reconocer que su actitud infatigable y eficaz rindió pronto y sorprendentes resultados.

Todo en Francia se sacrificó en beneficio del Ejército y Lazare Carnot, a quien se confía la suprema conducción, miembro del Comité de Salud Pública y ex Capitán del Cuerpo de Ingenieros, secundado por Prieur, también antiguo oficial de esa arma, y Robert Lindet, experto veterano en materia de subsistencias, se transforma en el artífice de la surgente pujanza colectiva, que tanta gloria fue conquistando a medida que las masas militarizadas adquirían destreza profesional y un verdadero sentido misionario de sus deberes.

Decretada a poco la movilización general, reúne un conjunto heterogéneo de más de un millón de hombres, aunque muchos de ellos descalzos y vestidos de harapos, y con la acertada medida de entremezclar los soldados de línea y los bisoños fue obtenida prestamente una relativa unidad de eficiencia. Luego, al ser despojados de mando los oficiales ineptos y los sospechosos de deslealtad republicana, se agiliza la tarea selectiva, a consecuencia de la cual afloran más adelante figuras de primera magnitud en la dirección general de los ejércitos. Eliminado, asimismo, el funesto sistema de elegir por votación a los suboficiales y clases, reduciendo a la vez sus desmesurados privilegios, son escogidos a raíz de tal resolución aquilatando solamente la capacidad y los méritos adquiridos a través de la valoración de anteriores desahucios.

Si bien era un ejército en que los improvisados contaban mayoría, cuanto se hizo por robustecer la estructura organizativa rindió al cabo un apreciable margen de potencialidad combatiente.

Este apresurado bosquejo ha pretendido exponer, de manera comprensible, las restringidas condiciones militares con que Francia sostenía la gigantesca empresa a que se hallaba entregada, cuando ocurre, precisamente, el singular episodio que

narraremos, rememorando la expresión de un hecho insólito y de pintorescas características.

Los tratadistas franceses, a quienes recurrimos, revelan algunas discrepancias de tono menor que intentamos ahora conciliar con el fin de verter en su proceso, a ser posible, el sello de la absoluta fidelidad histórica.

* * *

En la época en que se desarrollan los acontecimientos, Holanda podía cómodamente defenderse en invierno de las invasiones del exterior a causa de la extraordinaria crecida de los ríos y el complejo sistema de canales de que hallábase irrigado, mediante el uso de los diques de contención que, si eran inutilizados, se empantanaba tras pocas horas la tierra llana, imposibilitándose en el hecho la movilidad enemiga.

Pero a mediados de diciembre de 1794 el frío adquirió tal intensidad que luego el territorio del país fue transformándose paulatinamente en una extensa planicie helada, de tan consistente dureza, que hasta llegó a permitir el fácil tránsito de la artillería y los bagajes hipomóviles. Iba a constituirse en campo ideal de operaciones para las tropas francesas, dirigidas en aquel gran sector por el general Charles Pichegru, antiguo profesor de matemáticas. Bélgica había sido recuperada y Pichegru, que ostentaba ahora el cargo de Comandante en Jefe del Ejército del Norte, y cuyo cuartel general habíalo establecido provisionalmente en Bruselas, aprovechó en seguida tan oportuna contingencia para reiniciar el curso de la interrumpida campaña. El 28 de diciembre expulsa de Bommel a los ingleses del general Walmoden, apoderándose de sesenta cañones, los carros de municiones que los proveían y otros implementos de preciosa utilización; los holandeses son rechazados hacia Gorkum y el príncipe de Orange, sintiéndose abandonado por sus connacionales, huye precipitadamente buscando la ruta del mar; por último, Breda, en el Brabante septentrional, cae sin excesivo empeño en poder de las fuerzas de la Convención. Si bien el río Waal no mostraba aún su total congelación, ya el 8 de enero de 1795 Pichegru dispone su cruce simultáneo en Bommel, Thiel y Nimega,

y los aliados, perdida toda esperanza, no pretenden continuar la resistencia en ese frente. El 20 de enero, Pichegru entra triunfalmente en Amsterdam, el 22 se apodera de Rotterdam y el 23 de La Haya, las tres ciudades más importantes de la nación, por lo demás, abarrotadas de víveres y vestuario, que tanto necesitaban los andrajosos y mal alimentados invasores. Entretanto, habían surgido insistentes gestiones, promovidas por el "Estatúder" y las altas autoridades holandesas, con destino a ofrecer una cuantiosa indemnización en lo que ahora llamaríamos "moneda dura" (Francia no la tenía, ciertamente, y los "asignados" de curso legal carecían de auténtico valor adquisitivo) y mostrábanse aquéllas prestas a propiciar la proclamación de la que a corto plazo fuese la República Bátava, 1795-1806, con el apremiante anhelo de firmar la paz definitiva. Sin embargo, fueron desechados estos planteamientos porque no existía confianza alguna de que serían a la postre rigurosamente satisfechos, y tampoco se estimaban atendibles ante la arrolladora celebridad del avance, puesto de relieve con la obtención sucesiva de tantos éxitos de evidente aprovechamiento estratégico.

A pesar de ello, Holanda no había sido todavía totalmente dominada. Quedaban Zelandia, al oeste, y las alejadas provincias del norte, que permanecían hasta el momento en poder de los ingleses. Zelandia capituló, al fin, lo que induce a Pichegru a concentrar su objetivo en aquel postrer bastión de la resistencia. Forzada a eludir catastróficas consecuencias, la Armada inglesa optó prudentemente por levar anclas.

Era urgente y vital proceder con suma rapidez a consolidar la victoria, antes que se produjesen los primeros deshielos, y el general Pichegru, con esa visión admirable que condicionó su conducta desde que asumiera las obligaciones del mando, consideró innecesario desplazar grandes masas para llenar el aventurado cometido que a sí mismo se impusiera. Y, ateniéndose al análisis realista de la situación, lanzó hacia el norte de Holanda un destacamento de gran movilidad, que, aunque de efectivos reducidos, llevaba consigo el énfasis sorpresivo que deseaba infundir a la expedición.

Componíase el conjunto de un batallón de tiradores, cuyo jefe, el coman-

dante Lahure, lo era asimismo de la agrupación, con dos cañones de calibre mediano fácilmente transportables, y un escuadrón del Regimiento N^o 8 de Húsares (llamado antes de 1791 "Exploradores a caballo de Fabrefonds"), a cuya cabeza se encontraba el capitán Marulaz, joven oficial de caballería que supo exteriorizar en anteriores acciones cualidades ejecutivas poco comunes y un arrojo difícilmente superado.

Mientras el grueso del destacamento proseguía la marcha precipitando etapas, el capitán Marulaz, adelantándose con el escuadrón a la pequeña columna, cosechaba a su paso legítimos laureles: el 21 de enero (1795) se apodera de Haarlem, junto al lago de ese nombre, y a las ocho de la tarde del día siguiente, con la noche ya totalmente cerrada, entra sin notables tropiezos en el puerto de Alkmaar, sito en el canal del norte, a unos treinta y cinco kilómetros de la ciudad arriba nominada. Fue a raíz de tal victoria cuando Marulaz se impone, a través de seguros informantes, que la flota holandesa permanecía inmovilizada por los hielos frente a la isla de Texel, en el archipiélago de la Frisia occidental y a la entrada del Zuidersee, único sitio apropiado para concentraciones de barcos de gran calado.

El estrecho que separa la plaza fuerte de Helder de la isla de Texel se hiela con increíble prontitud durante la estación invernal, de modo que, encaminándose por esta vía imprevista, resultaba perfectamente posible asestar al enemigo un golpe inesperado. Así lo concibió el capitán Marulaz, y el comandante Lahure, notificado por un estafeta de la atinada sugerencia del jefe del escuadrón, la hace suya sin ninguna renuencia y resuelve aprovechar la noche, que propiciamente se avecina, para llevar adelante el audaz proyecto.

Los infantes se amontonan en carretas cogidas a los campesinos, con los cañones a su inmediata zaga, y el escuadrón avanza en la vanguardia, tomando distancia del resto del destacamento. No eran arriba de seis o siete leguas las que los separaban del mar al iniciar la marcha en tal disposición. El 23 de enero, a los primeros fulgores del amanecer, el capitán Marulaz distingue a escasa distancia la imponente estructura de los navíos y, sin titubear un instante, ordena

al escuadrón que, al galope tendido, realice un asalto envolvente que encierre a la flota en un cerco inexpugnable. Los serviolas, horrorizados ante tan insólito espectáculo, fueron, como es lógico, los primeros en advertir la aparición entre la espesa bruma de los centauros de Marulaz, que con resuelta fiereza acometen a un enemigo que hasta ese día jamás imaginaran que pudiesen afrontar y batir. En tanto, la infantería reafirmaba la temeraria operación, trepando ágilmente a los barcos por las portas de la batería.

Desconcertados ante la violenta maniobra de los jinetes y presumiendo que la fuerza opugnante contaba con elementos de peligrosas proporciones, los marinos holandeses se acogen a la única medida que les pareció sostenible y solicitan parlamentar de inmediato. El comandante Lahure, como jefe de la columna agresora, sube entonces a bordo del navío insignia "María Luisa" y recibe allí la rendición incondicional del improvisador almirante Rentie.

La flota holandesa estaba compuesta de doce navíos, de 72 a 32 cañones dotacionales según su tonelaje, y algunas embarcaciones menores provistas de mercaderías y pertrechos. La tripulación de una de estas últimas encontrábase atareada cavando un canal en el hielo a fin de ganar el mar libre, pero semejante recurso, acaso tardíamente emprendido, fue descubierto por la atenta vigilancia de los húsares.

La historia naval no consigna episodios similares en ninguna época de su

gloriosa trayectoria y no cabe duda alguna de que esta impresionante captura, llevada a feliz término por la caballería, es un caso único en los fastos militares. Escapa a los atributos del más impenitente imaginativo que un escuadrón pudiese someter a una flota de respetable magnitud galopando sobre el hielo sin otras armas que sus sables desnudos, ni que fueran capaces de embestir a esas inmensas fortalezas de alto bordo, erizadas de bocas de fuego, y dominarlas con tan ardoroso denuedo.

Autores cautelosos de su prestigio, que a esta hazaña se han referido, están contestes en otorgarle el ecuaníme veredicto de "leyenda heroica".

Obras consultadas:

Paul Gaffarel.— "Les campagnes de la Première République".

Pierre Gazotte.— "La Revolution Française".
Revista Historama.— "La Cavalerie Française".

Georges Lefebvre.— "La Revolución Francesa y el Imperio".

Jacques Boudet y colaboradores.— "Historia Universal de los Ejércitos".

Salvador Salinas.— "Atlas Geográfico Universal" (español).

N. V. Cartografisch Instituut Bostma, La Haya. "Pequeña Geografía de Holanda" y Mapa adjunto que actualiza, en cada época, las transformaciones realizadas en su territorio.

Diccionario "Larousse".